

horizontes de la cultura

por

diego mirán

No hay libro, no hay creación literaria, con destino manifiesto. Toda obra de arte es un desafío al tiempo. De ahí que la crítica siempre marche dudosa cuando el crítico tiene conciencia de que la falta de una perspectiva histórica es una dificultad muy grave para la perdurabilidad de su juicio. Sainte Beuve —considerado un gran crítico— condenó a lo mejor de la literatura de su tiempo, pero fue sagaz y penetrante revisando las obras de su pasado.

De ahí que si a los críticos del siglo pasado se les hubiera dicho que los "vaudevillistas" del teatro del bulevar parisense iban a ser rescatados por actores y directores de la segunda mitad del siglo XX, una sonrisa habría asemejado a sus labios. Y, sin embargo, es así. Lima aplaude ahora, por ejemplo, a Labiche, que da oportunidad a Lucía Irurita, Pedro Orthous y su conjunto a bordar, con esa nadería que es "La Estación de la Viuda", un juego escénico entretenido, alegre, gracioso y fundamentalmente teatral. París y otros grandes centros lo han hecho antes con esa pieza y la no menos atrayente "El sombrero de paja de Italia" del mismo autor. Faydeau es otro caso de eternidad de lo pasajero.

El caso de Labiche es distinto al de Faydeau, aunque ambos confirman cómo la espontaneidad del teatro popular arrastra valores que no se marchitan. En el primero es la frescura, el tejido de la acción, el humor franco y sin inhibiciones, los que ocultan la simplicidad y hasta el vacío argumental. En el del segundo es el humor llevado a extremos irracionales —lo que equipará ciertos diálogos y situaciones de "Ocupate de Amelia", por ejemplo, con los del vanguardista Eugene Ionesco— y la

pintura de la moral de doble fondo de la burguesía los elementos que consagran a Faydeau y lo actualizan. No obstante estas diferencias, el proceso es semejante. Lo escrito sólo para hoy resulta escrito para siempre.

No es nuevo este fenómeno. El "hablar en necio" de Lope fue, al fin y al cabo, el factor fundamental del triunfo del genio español, porque la comedia es, en esencia, popular y costumbrista. Pero existen costumbres y costumbres. Las unas meros gestos, las otras verdaderas improntas de un pueblo o una época. Y si se incorporan estas últimas a la escena —y se incorporan con talento, por cierto—, se convierten en columnas duraderas, en cimientos de un edificio artístico tras de cuyos ornamentos se distingue una verdad histórica transfigurada en arte.

En último término, "La Estación de la Viuda", que es una espuma, una diversión, un encaje puramente decorativo, exige un trabajo especial, de composición de tipos, de movimiento con artificio, de sentido vario en cada réplica, que si no fuera una especie de postal del París decimonónico, bastaría como problema teatral a resolver para servir hasta hoy a los intérpretes. Esta es también una forma de perdurabilidad. La misma, en definitiva, de Mari-vaux. Idéntica asimismo a la obra de todos los que concibieron el escenario como un instrumento en el cual se ejecuta una coreografía dialogal, una acción cuyo diseño es más importante que el asunto, un pretexto para gozar con el oído menos que con la vista. Todo aquello que, como necesidad, cubre hoy el arte de la imagen dramática: el cine.